

GEORGES SIMENON

EL GATO

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE JOSÉ RAMÓN MONREAL

BARCELONA 2012



A C A N T I L A D O


TÍTULO ORIGINAL *Le chat*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

LE CHAT © 1966 by Georges Simenon Limited, todos
los derechos reservados

«El gato» © 2012 by Georges Simenon Limited, todos
los derechos reservados

GEORGES SIMENON ®  Simenon.tm, todos los derechos reservados

© de la traducción, 2012 by José Ramón Monreal Salvador

© de la fotografía de la cubierta, by Fondo F. Català-Roca - Arxiu
Fotogràfic de l'Arxiu Històric del Col·legi d'Arquitectes de Catalunya

© de esta edición, 2012 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, fotografía de F. Català-Roca (1970)

ISBN: 978-84-15277-98-9

DEPÓSITO LEGAL: B. 21 922-2012

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2012*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Había soltado el periódico, que primero se le abrió sobre las rodillas y luego resbaló lentamente antes de acabar en el parquet encerado. De no haber sido por la fina rendija que de cuando en cuando se dibujaba entre sus párpados, se habría dicho que dormía.

Quién sabe si su mujer se lo había tragado... Estaba haciendo calceta, en su sillón bajo, al otro lado de la chimenea. Siempre parecía que no lo observaba, pero desde hacía tiempo sabía que en realidad no se le escapaba nada, ni el más imperceptible estremecimiento de uno de sus músculos.

Afuera, la cuchara de mandíbulas de acero de una excavadora descendía precipitadamente desde lo alto de la grúa para golpear pesadamente el suelo, cerca de la hormigonera, con un estruendo de chatarra. El impacto hacía temblar cada vez la casa, y cada vez la mujer se sobresaltaba, llevándose una mano al pecho como si aquel ruido, que era sin embargo habitual, la hiriera en lo más profundo de las entrañas.

Se observaban mutuamente. No tenían necesidad de mirarse. Desde hacía años se observaban de aquel modo, a hurtadillas, añadiendo de continuo nuevas sutilezas a su juego.

Él sonreía. El reloj de mármol negro con adornos de bronce señalaba las cinco menos cinco y se habría podido creer que él contaba los minutos, los segundos. En realidad, los contaba maquinalmente, esperando también que el minutero estuviese en posición vertical. Entonces, los ruidos

de la mezcladora y de la grúa cesaban de golpe. Los hombres en mono, con el rostro y las manos chorreando agua de lluvia, se quedarían parados un momento antes de encaminarse hacia la caseta de tablas levantada en un ángulo del solar.

Era noviembre. Desde las cuatro de la tarde trabajaban con luz artificial, pero no tardarían en apagarse los proyectores y entonces el callejón, iluminado a duras penas por un único farol de gas, quedaría sumido bruscamente en la oscuridad y el silencio.

Émile Bouin tenía las piernas entumecidas por el calor. Cuando entreabría los ojos, veía las llamas, unas amarillas y otras azuladas en su base, escapar de los leños de la chimenea. La chimenea era de mármol negro, como el péndulo, como los candelabros de cuatro brazos que la flanqueaban.

Aparte de las manos de Marguerite que se agitaban y del débil ruido de las agujas de hacer punto, en la casa todo estaba en silencio, inmóvil, como en una fotografía o en un cuadro.

Las cinco menos tres minutos. Menos dos. Algunos obreros comenzaban a dirigirse, lentos y pesados, hacia la caseta, para cambiarse, pero la grúa seguía funcionando y la cuchara se alzaba por última vez con su carga de cemento hacia el encofrado que indicaba el primer piso del edificio en construcción.

Menos uno. Las cinco. El minuterero vibró, titubeante, dentro de la pálida esfera y resonaron cinco toques espaciados como si, en la casa, todo debiera ser lento.

Marguerite suspiró, aguzando el oído ante el repentino silencio exterior, que había de durar hasta la mañana del día siguiente.

Émile Bouin reflexionaba. Con una vaga sonrisa miraba la llama a través de los párpados entornados.

Uno de los leños, el de arriba, ya no era más que un es-

queleto renegrido del que salían unas hilachas de humo. Los otros seguían ardiendo, pero por su crepitar se comprendía que no tardarían en desmoronarse.

Marguerite se preguntaba si su marido se levantaría para coger del cesto otros leños y ponerlos en la chimenea. Ambos se habían acostumbrado al calor del hogar y lo saboreaban hasta que la piel del rostro comenzaba a picarles, obligándoles a alejar los sillones.

La sonrisa de él se hizo más amplia. No estaba dirigida a ella. Y tampoco al fuego. Más bien a una idea que se le acababa de pasar por la cabeza.

No tenía prisa por ponerla en práctica. Tanto el uno como la otra tenían tiempo, todo el tiempo que les separaba del momento en que uno de los dos moriría. ¿Cómo saber quién sería el primero en irse al otro mundo? Seguro que también Marguerite pensaba en ello. Lo pensaban desde hacía varios años y varias veces al día. Se había convertido en su problema principal.

Acabó por suspirar a su vez y levantó la mano derecha del brazo del sillón de cuero para rebuscar a tientas en el bolsillo de su batín. Sacó una libretita que desempeñaba un papel importante en la vida de la casa. Las páginas eran estrechas y tenían unas líneas de puntos que permitían arrancar con precisión tiras de papel de tres centímetros.

La tapa era roja. En un bucle de cuero había insertado un lapicerito.

Le pareció que Marguerite se había sobresaltado. ¿Acaso se preguntaba cuál sería, esta vez, el mensaje?

Aunque sin duda estaba acostumbrada, nunca podía saber qué palabras escribiría su marido, y él se quedaba expresamente inmóvil largo rato, con el lápiz en la mano, como si reflexionase.

No tenía nada especial que comunicarle. Sólo quería fas-

tidiarla, tenerla sobre ascuas, justo en el momento en que ella sentía alivio porque había cesado el estruendo de la obra.

Le vinieron varias ideas a la mente, pero él las rehuyó una tras otra. El ritmo de las agujas de hacer punto ya no era exactamente el mismo. Había conseguido turbarla, o al menos picar su curiosidad.

Prolongó el placer durante cinco minutos más, y mientras tanto se oyeron los pasos de un obrero que se dirigía hacia el fondo del callejón.

Finalmente escribió con caligrafía de palotes:

EL GATO

Luego se quedó de nuevo inmóvil durante unos instantes antes de guardarse otra vez en el bolsillo la libretita de la que había arrancado una tira de papel.

Para terminar, dobló la hojita varias veces, como hacen los niños cuando las lanzan sirviéndose de una goma. Él no tenía necesidad de ninguna goma. Había adquirido en aquel juegucito una destreza asombrosa, casi maquiavélica.

Se colocó la hojita de papel entre el pulgar y el dedo medio. El pulgar se dobló como el gatillo de un arma y, disparándose de repente, envió el mensaje al regazo de Marguerite.

No erraba nunca el tiro, por así decir, saboreando cada vez el mismo regocijo interior.

Sabía que Marguerite no chistaría, que fingiría no haber visto nada, que continuaría haciendo calceta, contando silenciosamente los puntos y moviendo los labios como si estuviera rezando.

A veces esperaba que él saliera de la estancia o le diera la espalda para poner más leños en la chimenea.

Otras veces, al cabo de unos pocos minutos de aparente indiferencia, alargaba la mano derecha sobre el delantal y cogía el mensaje.

Aunque sus acciones eran casi siempre las mismas, introducían algunas variantes. Esta vez, por ejemplo, Marguerite esperó a que cesasen todos los ruidos de la obra y que el silencio se adueñase del callejón, al fondo del cual vivían.

Como si hubiese terminado su labor, dejó las agujas sobre un taburete y, con los ojos entornados ella también, pareció estar a punto de amodorrarse al amor de la lumbré.

Pasado un buen rato, ella fingió caer en la cuenta de la hojita doblada que tenía sobre el delantal y la cogió entre sus dedos surcados por unas finas arrugas.

Por un instante dio la impresión de que quisiera echarla al fuego, de que dudaba, pero Émile sabía que también esto formaba parte de la comedia cotidiana. Ya no colaba.

Hay niños que, durante un período de tiempo más o menos largo, repiten cada día, a una hora fija, el mismo juego, aparentemente con una convicción inmutable. Hacen «como si».

La diferencia era que Émile Bouin tenía setenta y tres años y Marguerite setenta y uno. Además, su juego duraba desde hacía cuatro años y ellos no daban muestras de estar cansados de él.

En el trasudor y el silencio del salón, la mujer desplegó por fin el papel y, sin calarse las gafas, leyó las dos palabras que el marido había escrito:

EL GATO

No chistó ni parpadeó. Había habido mensajes más largos, más sorprendentes, más dramáticos, y algunos conte-

nían verdaderos enigmas. Éste, en cambio, era el más banal, el que se repetía más a menudo, cuando a Émile Bouin no se le ocurría otra malicia.

Arrojó el pedacito de papel a la chimenea, de donde se alzó una pequeña llamarada que murió casi al punto. Luego se quedó inmóvil con las manos sobre el vientre, y en el salón no hubo más vida que la del hogar.

Vibró el reloj y dio un solo toque. Como si fuese una señal, Marguerite se puso en pie.

Era pequeña y menuda, y llevaba un vestido de lana de color rosa pálido, el rosa de sus mejillas, y un delantal a cuadros azul pastel. En el gris de sus cabellos aún se distinguía algún reflejo rubio.

Con el paso de los años, los rasgos se le habían afilado. Para quien no la conocía, expresaban dulzura, melancolía y resignación.

«¡Una mujer tan digna de respeto!...».

Émile Bouin no se reía sarcásticamente. Ninguno de los dos se abandonaba ya a manifestaciones tan teatrales de sus estados de ánimo. Un simple estremecimiento, un fruncimiento de la comisura de la boca, un brillo fugaz en las pupilas era más que suficiente.

Marguerite miró en torno suyo, como sin saber qué hacer. Pero Émile lo intuía, del mismo modo que un jugador en las damas prevé el movimiento del contrincante.

Y, en efecto, no andaba errado. Marguerite se dirigió hacia la jaula, una gran jaula que descansaba sobre un pie, blanca y azul, con unos filetes dorados.

Dentro había, inmóvil, con los ojos fijos, un papagayo de plumaje abigarrado, y hacía falta un buen rato para descubrir que eran unos ojos de vidrio y que el pájaro, sobre su percha, estaba disecado.

Pero no por eso ella lo miraba con menos ternura, como

si estuviese aún vivo y, alargando la mano, introdujo un dedo entre los barrotes.

Movía los labios, como poco antes, cuando contaba los puntos de la labor. Le hablaba al pájaro. Uno casi se habría esperado que le diese de comer.

Él había escrito:

EL GATO

Ella le respondía de una manera muda:

EL PAPAGAYO

La clásica respuesta. Émile acusaba a su mujer de haber envenenado al gato, a su gato, con el que estaba encariñando incluso antes de conocerla.

Cada vez que él estaba sentado al amor de la lumbre, embotado por las tufaradas de calor que le mandaban los leños, se sentía tentado de adelantar un poco la mano para acariciar al animal de pelaje suave, rayado de negro, que, en cuanto él se sentaba, iba a ovillarse sobre sus rodillas.

—Un vulgar gato callejero—afirmaba ella.

Era por la época en que aún se hablaban, casi siempre para entablar una discusión.

Aunque tal vez el gato no era de raza, tampoco se podía decir que fuese un gato callejero. Tenía el cuerpo más alargado y flexible, y cuando se estiraba junto a las paredes y muebles parecía un tigre.

Tenía la cabeza más pequeña, más triangular que la de los gatos domésticos y su mirada era fija, misteriosa.

Émile Bouin pretendía que era un gato montés que se había aventurado por París. Lo había encontrado, siendo muy pequeño, escondido en una obra, cuando todavía trabajaba para el Servicio de Vías Públicas. Era viudo y vivía solo. El gato se había convertido en su compañero de vida. Al otro

lado del callejón, donde estaban construyendo ahora un gran inmueble de pisos de alquiler, había aún casas individuales.

Al casarse con Marguerite y trasladarse a la casa de enfrente, el gato lo había seguido.

EL GATO

El gato que había descubierto, una mañana, en el rincón más oscuro del sótano.

El gato que había sido envenenado por la comida preparada por Marguerite.

El animal no se había acostumbrado nunca a ella. Durante los cuatro años en que había vivido en la casa de enfrente, el gato sólo había aceptado su comida de manos de Bouin.

Bastaba con un simple chasquido de la lengua, y dos veces al día el gato seguía a su amo, como un perro amaestrado, por la acera del callejón.

Y hasta el día en que habían entrado los dos en una nueva casa, habitada por unos olores desconocidos, él era el único que había acariciado a aquel gato.

—Es un poco montés, pero se acostumbrará a ti...

Pero no se había acostumbrado. Desconfiado, no se acercaba jamás a Marguerite, ni tampoco a la jaula del papagayo, un gran ejemplar de guacamayo de brillantes colores que no hablaba, pero que, cuando se enfurecía, lanzaba unos gritos horribles.

Tu gato...

Tu papagayo...

Marguerite era dulce, casi suave. Uno se la imaginaba joven y esbelta, vestida ya con tonos pastel, paseando románticamente por la orilla de un río, tocada con un gran sombrero de paja y con una sombrilla en la mano.

Por otra parte, en el comedor había una fotografía que la retrataba justamente así.